



ISSN 1852 - 057 X

REVISTA TEOLÓGICA

Confesión y absolución en el culto eucarístico

Celebrando un mensaje

Celebrando un mensaje: reacción a la ponencia de Bustamante

Constitución del matrimonio

La doctrina de la justificación

Nro. 167 | Año 49 | Abril de 2010
Publicación anual del Seminario Concordia
Escuela Superior de Teología de la
Iglesia Evangélica Luterana Argentina
Fundada en 1942

Revista Teológica Nro. 167 Año 49
DICIEMBRE 2009

Publicación anual del Seminario Concordia
Escuela Superior de Teología de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina
Fundada en 1942

Calle 49 N° 7200 (Ex. Libertad 1650)
B1655DEH - José León Suárez
Buenos Aires - Argentina
Tel. (011) 4729-6415 - Fax (011) 4729-0345
E-Mail: seminario_concordia@arnetbiz.com.ar

Índice

Confesión y absolución en el culto eucarístico	
Escrito por Antonio Ricardo Schimpf	7
Celebrando un mensaje	
Escrito por Roberto E. Bustamante	27
Celebrando un mensaje: reacción a la ponencia de Bustamante	
Escrito por Leopoldo A. Sánchez M.	43
Constitución del matrimonio	
Escrito por Damián Jorge Fischer	51
La doctrina de la justificación	
Escrito por Daniel Preus	61

Celebrando un mensaje: reacción a la ponencia de Bustamante

Escrito por Leopoldo A. Sánchez M.

1. Quisiera expresar mi agradecimiento al Presidente y comité organizador de la Tercera Convención Nacional Hispana por la invitación a este magno evento, y al profesor Roberto Bustamante por el honor de reflexionar un poco acerca de su tan rica reflexión y propuesta.

A Roberto lo conocí por primera vez cuando estábamos estudiando en la escuela de posgrado del Seminario Concordia de St. Louis hace ya unos 8 o 9 años. Como cursábamos materias en dos programas diferentes no estuve con él en las mismas clases, pero recuerdo su actitud gentil y amigable con la gente. Hace apenas 3 años cuando empecé mis responsabilidades como Director del Centro de Estudios Hispanos, mi primer acto oficial en la América Latina fue enseñar un taller de pneumatología (doctrina del Espíritu Santo) a seminaristas y pastores de la IELA.

Roberto no sólo fue un buen anfitrión sino que asistió a todo el taller como alumno. El maestro estaba con sus estudiantes seminaristas y sus pastores colegas, a los pies de este extraño maestro con acento panameño que venía de Estados Unidos.

Gracias por tu presencia entre nosotros, Roberto. ¡Qué bonito es tenerte en esta ocasión

como nuestro maestro y nuestro invitado!

2. Lo que quiero hacer a continuación es un resumen de los cuatro puntos principales de la ponencia del profesor Bustamante. Lo hago porque de verdad son comentarios notables y yo quiero que nadie se pierda nada de lo esencial. Este resumen también me servirá como punto de partida para ofrecer algunas observaciones acerca de los puntos principales y explorar cómo estos nos pueden ayudar a trabajar por la unidad de la que tanto hemos hablado en esta Tercera Convención.

Punto 1: ante el discurso propuesto por esta Tercera Convención acerca de la importancia de la celebración de nuestra unidad en Cristo, Roberto nos da primero una visión realística y sobria de nuestra identidad inmigrante como «exiliados», es decir, de nuestra identidad como hispanos que independientemente del tiempo que hayamos vivido en Estados Unidos, sabemos algo de lo que es vivir en una tierra que por un lado abre los brazos al que es diferente y por otro no los acepta completamente. Nos pregunta, ¿hemos de celebrar un mensaje en medio de la pobreza, el dolor y la marginalidad de nuestras comunidades hispanas? ¿Hemos de celebrar un mensaje en un Estados Unidos que se

nos pinta como el paraíso—la tierra prometida, donde fluye la leche y la miel—pero a la vez puede ser un lugar de crucifixión social, política, económica y aún religiosa?

Sin minimizar las duras realidades, sufrimientos y frustraciones de nuestra iglesia hispana en Estados Unidos, Bustamante nos recuerda también que nuestra experiencia no es única precisamente porque la iglesia de Cristo siempre ha vivido su misión bajo la cruz, es decir, como iglesia perseguida, atacada por el diablo, y con pecadores como cada uno de nosotros como miembros. Ante esa frágil realidad, la iglesia obviamente cae en tentación, comete errores, peca. Pero por esa misma razón la iglesia no tiene otra opción que vivir bajo «la cruz» ahora en otro sentido, a saber, que la iglesia tiene que arrepentirse, confesar sus pecados, buscando en el Señor su perdón y consolación, fuerza y motivación para seguir adelante.

Observación acerca del punto 1: una cosa es hablar de la teología de la cruz, otra es ser teólogo de la cruz. El teólogo de la cruz, decía Lutero, llama las cosas como son. Esa es otra forma de decir que el teólogo de la cruz no esquivo la realidad del pecado sino que lo reconoce y lo confiesa para recibir el perdón del Señor y con éste la fuerza para emprender nuevas tareas. Nuestros distinguidos presentadores en días anteriores han hecho buenos diagnósticos de errores que hemos cometido, malas decisiones que se han tomado, y problemas que hemos enfren-

tados tanto del lado anglosajón como del lado hispano en nuestro compromiso con la misión entre hispanos en Estados Unidos.

Sin embargo, por no querer ofender a nadie, no hemos llamado a nada pecado, no nos hemos arrepentido de nada, y en fin no nos hemos reconciliado públicamente los unos con los otros. Hemos hablado de la cruz pero no hemos actuado como teólogos de la cruz. Si escuchamos con atención, el Señor nos está dando por medio de las palabras del hermano Roberto un reto, una oportunidad, una instancia para que muramos a nosotros mismos para que así Dios nos pueda resucitar por medio del perdón y dar un comienzo nuevo. Espero que en esta Convención todavía haya tiempo para confesar y perdonar, sobre todo durante el culto del día de mañana. Dejo esto en las manos del capellán y el comité organizador de la Tercera Convención.

Punto 2: el profesor Roberto nos da una bella descripción bíblica de la celebración divina y humana en el contexto de la historia de la salvación y nos invita a enfocarnos en ese mensaje como nuestra única esperanza y paraíso. Dios celebra sus obras en la creación, sus patriarcas y profetas celebran sus promesas, y sus ángeles celebran el arrepentimiento de su pueblo por medio del evangelio.

En fin, la iglesia, aunque sufriente en su caminar por este mundo, celebra porque pone su confianza en el Dios que interviene en la histo-

ria para salvarla. Éste es el Dios que tiene el poder de crear algo donde no hay nada así como perdona donde sólo hay pecado y consuela donde sólo hay desesperación y frustración. Con este Dios de nuestro lado podemos enfrentar y hasta reírnos del maligno.

Observación acerca del punto 2: ciertamente, el Señor nos enseña que sus obras, salvación y promesas son causa de celebración. Pero si escuchamos con atención las palabras del hermano Roberto, nos damos cuenta que este Dios es uno que puede perdonar donde sólo hay pecado, consuela donde sólo hay desesperación, crea donde no hay nada. Apliquemos esta enseñanza a nuestra realidad hispana en Estados Unidos: Pensemos en los cortes de subsidios para ministerios hispanos, la falta de liderazgo hispano o visión para la iglesia hispana, y la escasez de apoyo económico y moral para promover la educación y la misión entre hispanos. Todo esto nos desinfla, enoja y oprime.

En esta situación desesperante, el mensaje de la cruz es lo único que nos queda escuchar. Ese mensaje nos dice que aunque no parezca posible, Dios puede crear algo nuevo donde ya no queda nada, así como puede perdonar donde sólo hay pecado y resucitar donde sólo hay muertos. Ése es el Dios con el que estamos tratando.

Es el Dios por el cual los apóstoles y mártires dieron sus vidas al confesar el nombre de Cristo. Nos dice el profesor Bustamante que la iglesia

que sufre no puede ser sino confesante, testigo de Cristo. Si Dios puede resucitar a Cristo de entre los muertos, ese Dios nos puede ayudar a nosotros también y no hay que tenerle miedo a nada ni a nadie. Así pensaban esos apóstoles y la gente pensaba que estaban locos.

Ahora bien, ése es el Dios en quien ponemos nuestra fe y confianza ante el presente incierto que vivimos y el futuro promisorio que ponemos en sus manos. Hay que decir algo aquí acerca de ese futuro. Bustamante nos anima a vernos no sólo a la luz de nuestra presente situación sino como personas que viven el presente en términos del futuro que Dios ya tiene en mente para su iglesia. Ese futuro incluye una gran celebración en los cielos por parte de una gran multitud celestial de gentes de distintas lenguas, razas y naciones. Ahora bien, esa visión de Dios incluye a los hispanos en cuyos rostros se ven reflejados a menudo la variedad y la mezcla de distintas razas y naciones. Tenemos que acordarnos es esta realidad. El hispano por la fe vive en el presente de acuerdo a esa visión futura de Dios. En cierto modo, ya tenemos esa realidad por promesa. Nos queda vivir de acuerdo a la fe en esa promesa que Dios de hecho ya nos ha revelado en su palabra. Por eso cuando la realidad presente en términos de números de hispanos en la iglesia luterana no parece reflejar aún el futuro que Dios tiene en mente, puedes acordarte de lo que dice el profesor Bustamante: No dejes que el presente te domine. Vive en base al

futuro que Dios tiene en mente para su iglesia, esa iglesia de todas las naciones.

O puedes acordarte de la otra recomendación «bustamantaria»: Cuando el presente se vea incierto y la duda acerca del plan de Dios para el ministerio hispano te abruma, ríete del diablo, confróntalo con la victoria de Cristo en su muerte y resurrección. No subestimes la lucha con el maligno, pero acuérdate también de que la celebración de la promesa de Dios, esa multitud de santos al fin de los tiempos, nos permite jactarnos ante los intentos del diablo de desanimarnos en nuestro deseo santo de vivir hoy de acuerdo a esa visión escatológica de Dios.

Punto 3: nos recuerda el profesor Bustamante que la unidad de la iglesia en torno al mensaje del único Cristo se fundamenta en la exclusividad de Yahvé, el único Dios y Salvador de su pueblo, ante los ídolos falsos. Nos dice también que esta unidad la garantiza Dios, o la garantiza la unidad de una cadena de salvación que tiene su origen e impulso en Dios Padre, y viene a nosotros por medio de su Hijo en el evangelio que el Espíritu proclama mediante los apóstoles y los voceros de la palabra hoy en día.

El tema de la unidad de la iglesia fundamentada en un sólo Dios, un sólo evangelio, lleva al hermano Roberto a hablar de ese único mensaje en términos de «un mensaje monolítico, sin dobleces (su unicidad) y a celebrarlo por tratarse del único mensaje de salvación (su exclusividad).» Sólo hay un evangelio, como diría Pablo.

Observación acerca del punto 3: me encanta la perspectiva Trinitaria, cristocéntrica y evangélica en la que el profesor Roberto basa la visión de unidad en torno a un sólo mensaje y por necesidad a un sólo Cristo. Llega al punto de decir que el mensaje es Cristo mismo. Sin Cristo la Escritura sería un libro cerrado. Lutero decía que las Escrituras son los pañales en los que el niño Jesús viene envuelto y que la iglesia existe no para ser una casa de escritores (escribas) sino una casa que proclama a este Cristo. Precisa reflexión.

Como Bustamante asocia la doctrina con la palabra de Dios, habla también de la importancia de la sana doctrina para la unidad de la iglesia en Cristo. Por otro lado, dice el hermano Roberto que sistemas compactos de doctrinas bien articuladas no equivalen a tener la unidad en Cristo. No creo que esto sea una contradicción. Una cosa es la doctrina entendida como palabra de Dios que nos une y que trae consigo el único evangelio de salvación. Otra cosa es articular un sistema de doctrinas que sean reflexiones acerca de la palabra de Dios y respondan a los contextos de los pueblos, sus necesidades, problemas, retos, ídolos.

Tenemos entonces una sola doctrina en el sentido de que la exposición se ancla en la palabra de Dios, única norma de toda teología. Aquí se puede usar el lenguaje de exclusividad, unicidad, y aún quizás mensaje monolítico. Sin embargo, como el ser humano, siguiendo a Lu-

tero, tiende a usar sus dones para hacerse ciertos ídolos, no me atrevería a usar el término monolítico para referirme a sistemas doctrinales en sí. Tengo al menos dos razones que me llevan a este punto.

En primer lugar, los hispanos luteranos en Estados Unidos, y también los latinoamericanos, estamos apenas empezando a ver cómo hacemos la teología desde y para nuestros pueblos. Tratados de doctrina sistemática deben de actualizarse para responder a los retos y las necesidades de cada era. La Biblioteca Teológica Concordia (Editorial Concordia) ha sido un intento reciente en esta dirección. Esta tarea es indispensable para que la palabra de Dios y el evangelio sean inteligibles a un pueblo y sus implicaciones en tal contexto sean promovidas. Estamos verde en esta tarea. Nos falta madurez. No podemos pensar, como a veces líderes anglosajones de la iglesia luterana en Estados Unidos todavía piensan, que traducciones al español de obras en inglés o alemán son la solución a nuestros problemas. A veces se usa el discurso de «unidad» de manera paternalista para justificar esta falta de obras desde y para nuestras comunidades.

En segundo lugar, y esto se refiere al punto anterior, no me gusta lenguaje de unidad que se pueda volver lenguaje de uniformidad. Como dijo el pastor Enrique Vallejo de California en su mensaje de apertura a la Tercera Convención: «La unidad viene de Dios, la uniformidad viene

del hombre.» Cuando la iglesia anglosajona en Estados Unidos habla de diversidad a los hispanos y otros grupos étnicos, siempre lo habla en términos de diversidad cultural y en términos de dones o talentos, pero nunca se habla de una diversidad saludable y fiel a la palabra en el aspecto propiamente teológico. Cuando hablamos de «un mensaje» quiero simplemente recordar la importancia de ver a los hispanos y latinoamericanos como contribuyentes importantes al pensamiento teológico de la iglesia luterana. Los hispanos no traen solamente sus fiestas y expresiones culturales a la iglesia. También pueden reflexionar desde su fe a las problemáticas de sus comunidades y mediante éstas contribuir al discurso teológico no sólo de la iglesia hispana sino de toda la iglesia.

Punto 4: hacia el final del ensayo, el profesor Bustamante argumenta: «Ir al encuentro de nuestro pueblo hispano celebrando este evangelio significa que nuestra misión no es solamente brindarles compañía en sus quejidos o amplificar su voz de protesta, sino proclamar la palabra que mata y da nueva vida, condena y justifica, aniquila y crea de nuevo.» En otras palabras, la posición o contribución única de la iglesia (en particular, la luterana) es la de confesar con impulso misiológico el mensaje que es Cristo porque esto le da algo único al sufriente que otros tipos de liberación, utopías, paraísos o celebraciones no aportan. Nos recuerda también Roberto, en conexión a su crítica general

de utopías que reemplazan el evangelio, que la iglesia debe cuidarse de no poner su confianza en números y estadísticas, sino en el poder de la palabra de Dios y la fidelidad a la confesión luterana que se basa en la misma.

Observación acerca del punto 4: el hermano Roberto distingue bien entre lo que se llama en la teología luterana la distinción entre los dos tipos de justicia. Una cosa es la justicia activa que promueve la paz y el orden entre los seres humanos, y otra cosa es la justicia pasiva que perdona pecados y Dios nos otorga por medio de Cristo. Es cierto. La iglesia no sólo se dedica a acompañar al sufriente o a abogar por el sufriente sin darle el evangelio. De lo contrario deja de ser la iglesia y se convierte en una sociedad ética.

Por otro lado, y dejando sueños utópicos o paraísos terrenales a un lado, hay que recordar que el sufrimiento de nuestros pueblos y los problemas institucionales de nuestra iglesia hispana en Estados Unidos demandan también que nuestra teología luterana redescubra esta apreciación de la importancia de la justicia activa. Se aprecia esta justicia activa simplemente porque, según las Confesiones Luteranas, Dios la demanda y beneficia al prójimo, pero siempre y cuando el progreso ético a la que ésta lleve en beneficio del prójimo no reemplace la proclamación del evangelio. En el marco de la justicia activa, es permisible hablar de números y crecimiento. ¿Quién no quiere ser un mejor padre? ¿Un mejor maestro? ¿Un mejor pastor? ¿Quién

no quiere una iglesia con más miembros? El problema sería confiar en los números para justificarnos ante Dios. Pero el progreso en el plano de nuestra relación con el prójimo tiene su lugar dentro del discurso de la justicia activa y no debemos tenerle miedo a esta dimensión de nuestra confesión luterana.

3. En conclusión, no sólo es la celebración de nuestra unidad en Cristo parte de la temática de esta Tercera Convención. La ponencia en sí de mi amigo y colega Roberto Bustamante también es causa de celebración. Es causa de celebración porque la ocasión nos ha permitido escuchar a un teólogo latinoamericano luterano. Es causa de celebración porque Roberto le ha dado a esta audiencia no sólo una nota de esperanza sino una reflexión y enseñanza acerca de la esperanza. Es causa de celebración sobre todo porque por medio de Roberto el Dios que resucitó a Cristo de los muertos nos ha llamado al arrepentimiento, nos ha dado su perdón y por eso nos ha dado causa para seguir la fiesta. En fin, mi amigo Roberto ha sido, quizás sin querer queriendo, un humilde instrumento de la palabra de Dios para hacernos teólogos de la cruz no sólo aquí (en la cabeza) sino aquí (en el corazón).